

ARTHUR CONAN DOYLE

LAS AVENTURAS DE

SHERLOCK HOLMES



booket

Arthur Conan Doyle

Las aventuras de Sherlock Holmes

Traducción de María Jesús Sevillano Ureta



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Adventures of Sherlock Holmes*

© por la traducción, María Jesús Sevillano Ureta

Traducción cedida por EDIMAT LIBROS S.A.

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Birgit Palma

Primera edición en Colección Booket: marzo de 2022

Depósito legal: B. 2.525-2022

ISBN: 978-84-08-25511-6

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Índice

1. Escándalo en Bohemia	5
2. La Liga de los Pelirrojos.	37
3. Un caso de identidad	70
4. El misterio de Boscombe Valley.	95
5. Las cinco semillas de naranja.	128
6. El hombre del labio torcido.	154
7. El carbunco azul	187
8. La banda de lunares	216
9. El dedo pulgar del ingeniero	252
10. El aristócrata solterón	282
11. La corona de berilos.	312
12. El misterio de Copper Beeches	346

1

Escándalo en Bohemia

I

Para Sherlock Holmes, ella siempre es «la mujer». Rara vez le oí mencionarla con otro nombre. A sus ojos, ella eclipsa y supera a todo su sexo. No es que él sintiera algo parecido al amor por Irene Adler. Todas las emociones, y esa en particular, resultaban aborrecibles para su mente fría y precisa pero admirablemente equilibrada. Él era, a mi entender, la máquina más perfecta para razonar y observar que jamás ha visto el mundo, pero como amante se encontraba a sí mismo en una situación engañosa. Nunca hablaba de tiernas pasiones, salvo con burla y desdén. Era algo admirable para el observador, excelente para retirar el velo que cubre los motivos y acciones del hombre. Pero para el razonador experto, admitir tales intrusiones en su propio temperamento, delicado y bien ajustado, era introducir un factor de distracción que tal vez podría poner en duda

todos los resultados de su mente. Una mota de polvo en un instrumento de precisión, o una grieta en una de sus potentes lentes, no resultarían más perturbadoras que una emoción fuerte en una naturaleza como la suya. Y, aun así, solo una mujer existió para él, y esa mujer fue la difunta Irene Adler, de dudoso y cuestionable recuerdo.

Poco había visto yo a Holmes últimamente. Mi matrimonio nos había distanciado. Mi completa felicidad y los intereses centrados en el hogar que surgen en torno a un hombre cuando por primera vez se descubre dueño de su propia casa, eran suficientes para absorber toda mi atención; mientras Holmes, reacio a toda forma de vida social por su alma bohemia, permanecía en nuestro alojamiento de Baker Street, enterrado entre sus viejos libros y alternando una semana de cocaína con otra de ambición, la somnolencia de la droga y la feroz energía de su naturaleza entusiasta. Seguía sintiéndose profundamente atraído por el estudio del crimen, y empleaba sus inmensas facultades y extraordinarios poderes de observación en seguir las pistas y aclarar esos misterios que la policía había abandonado por no haber esperanza. De vez en cuando yo oía alguna vaga noticia sobre sus hazañas: de sus citas en Odessa en el caso del asesinato Trepoff, o el esclarecimiento de la singular tragedia de los hermanos Atkinson en Trincomalee y, para terminar, la misión que había cumplido con discreción y éxito para la familia real holandesa. No obstante, más allá de estos signos de actividad, que simplemente compartía yo con todos los lectores de la prensa diaria, poco sabía de mi viejo amigo y compañero.

Una noche, la del 20 de marzo de 1888, regresaba yo de visitar a un paciente (porque había vuelto a ejer-

citar) cuando mi ruta me llevó a Baker Street. Al pasar por aquella puerta que tan bien recordaba, que siempre irá asociada en mi memoria a mi noviazgo y a los sinietros incidentes del *Estudio en escarlata*, sentí un vivo deseo de ver de nuevo a Holmes, y de saber en qué estaba empleando sus extraordinarios poderes. Su apartamento estaba iluminado y, al mirar hacia arriba, vi su figura alta y enjuta pasar dos veces en forma de silueta oscura por detrás de la persiana. Caminaba por la habitación con rapidez y ansiedad, con la cabeza apoyada en el pecho y las manos agarradas por detrás. A mí, que conocía cada uno de sus hábitos y humores, esta actitud y modo de comportarse me contaban una historia. De nuevo trabajaba. Había salido de los sueños causados por las drogas y estaba siguiendo el rastro de algún nuevo problema. Llamé a la puerta y me llevaron a la habitación que en otro tiempo había sido mía en parte.

No se mostró efusivo. Rara vez lo hacía; pero creo que se alegró de verme. Sin apenas pronunciar palabra, pero con mirada amable, me indicó un sillón con un gesto de la mano, me lanzó su pitillera y señaló un estuche de licor y un sifón que había en un rincón. A continuación, se situó frente al fuego y me miró de aquella forma introspectiva tan particular suya.

—El matrimonio le sienta bien —comentó—. Diría, Watson, que ha engordado siete libras y media desde la última vez que le vi.

—Siete —respondí.

—En realidad, había pensado que un poco más. Solo un poquito más, me parece a mí, Watson. Y ejerciendo de nuevo según veo. No me dijo que tuviera intención de volver a su oficio.

—Entonces, ¿cómo lo sabe?

—Lo veo, lo deduzco. ¿Cómo sé que usted se empapó hace poco tiempo y que tiene una criada torpe y descuidada?

—Mi querido Holmes —dije—, esto es demasiado. Seguro que hubiera muerto quemado en una hoguera si hubiese vivido hace unos siglos. Es cierto que salí a pasear al campo el jueves y regresé a casa en un lamentable estado; pero, como me he cambiado de ropa, no podía imaginar siquiera que usted lo dedujera. Respecto a Mary Jane, es incorregible, y mi esposa la ha despedido, pero de nuevo, no entiendo como lo ha averiguado.

Se rio entre dientes y se frotó sus largas y nerviosas manos.

—Es muy sencillo —dijo—. Mis ojos me dicen que en la parte interior de su zapato izquierdo, exactamente donde le está dando la luz del fuego, el cuero está arañado con seis líneas paralelas. Obviamente, las ha causado una persona que ha rascado sin ningún cuidado los bordes de la suela con el fin de eliminar el barro adherido a ella. Por tanto, ya ve, mi doble deducción es que ha salido al exterior con mal tiempo y que tenía un espécimen de sirvienta londinense especialmente maligna y rajabotas. Respecto a su oficio, si un caballero entra a mi casa oliendo a yodoformo, con una mancha negra de nitrato de plata en el dedo índice derecho y un bulto en el lado derecho de su sombrero de copa que muestra dónde ha escondido su estetoscopio, tendría que ser muy tonto, en realidad, si no le identifico como miembro activo de la profesión médica.

No pude evitar reírme ante la facilidad con la que había explicado su proceso de deducción.

—Cuando escucho sus razonamientos —comenté— todo me parece tan ridículamente simple que da la impresión de que podría hacerlo yo mismo, aunque me deja desconcertado con cada una de las demostraciones de su discurrir hasta que me explica el proceso. Y aun así, creo que mis ojos ven tanto como los suyos.

—Por supuesto —respondió mientras encendía un cigarro y se dejaba caer en un sillón—. Usted ve, pero no observa. Esa es la diferencia. Por ejemplo, ha visto muy a menudo los escalones que suben hasta la entrada de esta habitación.

—Muy a menudo, sí.

—¿Cuántas veces?

—Bueno, cientos de veces.

—¿Cuántos escalones hay, entonces?

—¿Cuántos? Pues no lo sé.

—¡Efectivamente!, no ha observado. Y sin embargo ha visto. Eso es lo que quiero decir. Bueno, yo sé que hay diecisiete escalones porque los he visto y los he observado. Por cierto, ya que muestra interés por estos pequeños problemas, y ya que ha sido tan amable de escribir una o dos de mis insignificantes experiencias, tal vez le interese. —Me alcanzó una carta escrita en papel grueso de color rosa que se encontraba abierta sobre la mesa—. Vino con el último correo —dijo—. Léala en voz alta.

La carta no llevaba fecha, ni ninguna firma ni dirección. Decía:

Le visitará esta noche, a las ocho y cuarto, un caballero que desea consultarle sobre un asunto de máxima gravedad. Los recientes servicios prestados a casas reales europeas han demostrado que es usted una persona a la

que se pueden confiar asuntos cuya importancia no es posible exagerar. Referencias tuyas de todas partes hemos recibido. Esté en su habitación a esa hora y no se tome como una ofensa si su visitante lleva una máscara.

—Realmente es muy misterioso —comenté—. ¿Qué imagina usted que significa?

—No tengo información todavía. Es un grave error teorizar antes de tener datos. Sin querer, uno empieza a dar un giro a los hechos para adaptarlos a las teorías en vez de adaptar las teorías a los hechos. Pero de la carta en sí, ¿qué deduce usted de ella?

Examiné con atención la escritura y el papel en el que estaba escrita.

—El hombre que la escribió es, presumiblemente, una persona adinerada —comenté, esforzándome por imitar el proceso de mi compañero—. No se puede comprar este papel por menos de media corona el paquete. Es especialmente fuerte y rígido.

—Peculiar, esa es la palabra —dijo Holmes—. No es papel inglés. Mírelo hacia la luz.

Así lo hice y vi una «E» mayúscula con una «g» minúscula, una «P» y una «G» mayúscula con una «t» minúscula entrelazadas en la textura del papel.

—¿Le dice algo eso? —preguntó Holmes.

—El nombre del fabricante, sin duda; o su monograma, más bien.

—Nada de eso. La «G» con la «t» minúscula quieren decir *Gesellschaft*, palabra alemana que significa «compañía». Es una contracción habitual como nuestra «Co». «P», por supuesto, quiere decir *Papier*. Ahora vamos con la «Eg». Echemos un vistazo a nuestro *Continental Gazetteer*. —Cogió un pesado volumen marrón

de la estantería—. Eglow, Eglonitz... aquí está, Egria. Se encuentra en un país de habla alemana... en Bohemia, no muy lejos de Karlsbad. «Conocido por ser el escenario de la muerte de Wallenstein y por sus numerosas fábricas de vidrio y papel.» ¡Ajá, joven!, ¿qué me dice de esto?

Sus ojos brillaban y soltó una gran nube azul triunfante de su cigarro.

—El papel se fabricó en Bohemia —dije yo.

—Exactamente. Y el hombre que escribió la nota es alemán. Fíjese en la construcción tan peculiar de la oración «Referencias tuyas de todas partes hemos recibido.» No podría haberla escrito un francés o un ruso. Solo los alemanes son así de desconsiderados con los verbos. Por tanto, únicamente queda descubrir lo que desea este alemán que escribe en papel de Bohemia y prefiere llevar una máscara para no mostrar su rostro. Y aquí llega, si no me equivoco, para resolver todas nuestras dudas.

Mientras hablaba, llegaron el ruido de cascos de caballos y ruedas que chirriaban contra el bordillo, seguido de un brusco tirón de campanilla. Holmes silbó.

—Dos, por el ruido —dijo—. Sí —continuó, asomándose a la ventana—. Una preciosa berlina y un par de bellezas. Ciento cincuenta guineas cada una. Por lo menos hay dinero en este caso, Watson, si no hay nada más.

—Creo que sería mejor que me fuera, Holmes.

—De ninguna manera, doctor. Quédese donde está. Necesito a mi Boswell. Y esto promete ser interesante. Sería una pena que se lo perdiera.

—Pero su cliente...

—No se preocupe por él. Puede que yo necesite su

ayuda y tal vez él también. Aquí llega. Siéntese en ese sillón, doctor, y preste máxima atención.

Unos pasos lentos y pesados, que se habían oído subiendo las escaleras y en el pasillo, se detuvieron al instante al otro lado de la puerta. A continuación, sonó un golpe fuerte y autoritario.

—¡Adelante! —dijo Holmes.

Entró un hombre de dos metros de estatura, con el pecho y las extremidades de un Hércules. Vestía con lujo, con un lujo que en Inglaterra sería considerado casi de mal gusto. Pesadas tiras de astracán adornaban las mangas y el cuello de su abrigo cruzado, mientras la capa de color azul oscuro que llevaba sobre los hombros estaba forrada de seda de color fuego y sujeta al cuello con un broche que consistía en un único berilo resplandeciente. Botas que le llegaban hasta media pantorrilla, adornadas con lujosa piel marrón en la parte superior, completaban la impresión de opulencia bárbara que sugería su aspecto en general.

Sostenía en la mano un sombrero de ala ancha, mientras en la parte superior de su rostro, extendiéndose por debajo de los pómulos, llevaba un antifaz negro, que al parecer acababa de ajustarse porque su mano aún estaba levantada hacia él cuando entró. Observando la parte inferior del rostro, parecía un hombre de carácter fuerte, con labios gruesos, un poco caídos, y una barbilla alargada y recta que sugería una resolución llevada al punto de la obstinación.

—¿Recibió mi nota? —preguntó con un tono de voz grave y áspero y un marcado acento alemán—. Decía que le haría una visita. —Nos miraba a uno y a otro como si no estuviera seguro de a quién dirigirse.

—Por favor, tome asiento —dijo Holmes—. Este es

mi amigo y compañero, el doctor Watson, quien de vez en cuando me presta buena ayuda en mis casos. ¿A quién tengo el honor de dirigirme?

—Se puede dirigir a mí como conde Von Kramm, noble de Bohemia. Entiendo que este caballero, su amigo, es hombre de honor y discreción, a quien yo podría confiar un asunto de la máxima importancia. Si no es así, preferiría comunicarme con usted a solas.

Me levanté para marcharme, pero Holmes me sujetó por la muñeca y me obligó a sentarme de nuevo en mi asiento.

—O los dos o ninguno —dijo—. Usted puede hablar de lo que desee contarme a mí delante de este caballero.

El conde se encogió de hombros.

—Entonces debo empezar —dijo— por pedirles a ambos discreción absoluta durante dos años; al cabo de ese tiempo el asunto ya no tendrá importancia. Por el momento no exagero al decir que el asunto es de tal envergadura que podría influir en la historia de Europa.

—Se lo prometo —dijo Holmes.

—Y yo.

—Perdonen por esta máscara —continuó el extraño visitante—. La augusta persona que me envía no desea que su agente sea conocido, y debo confesar que el título que les acabo de anunciar no es el mío exactamente.

—Soy consciente de ello —dijo Holmes secamente.

—Las circunstancias son muy delicadas, y se ha de tomar todo tipo de precauciones para aplacar lo que podría ser un inmenso escándalo en el que se vería comprometida una de las familias reinantes de Europa.

Hablando claro, el asunto implica a la Gran Casa de Ormstein, reyes hereditarios de Bohemia.

—También me he dado cuenta de eso —murmuró Holmes, acomodándose en su sillón y cerrando los ojos.

Nuestro visitante miró con aparente sorpresa a la figura lánguida recostada de aquel hombre al que habían descrito como el razonador más incisivo y el agente más enérgico de Europa.

Holmes volvió a abrir los ojos lentamente y miró con impaciencia a su gigantesco cliente.

—Si su majestad condescendiese a exponer su caso —comentó— estaría en mejor situación para ayudarle.

El hombre se levantó de un salto de la silla y empezó a andar por la habitación, de un lado para otro, en un estado de incontrolable agitación. A continuación, con un gesto de desesperación, se arrancó la máscara del rostro y la tiró al suelo.

—Tiene razón —exclamó—. Soy el rey. ¿Por qué lo iba a ocultar?

—Eso, ¿por qué? —murmuró Holmes—. Aún no había hablado su majestad y yo ya era consciente de que me estaba dirigiendo a Wilhelm Gottsreich Sigismond von Ormstein, Gran Duque de Cassel-Felstein y rey hereditario de Bohemia.

—Pero usted lo comprende —dijo nuestro extraño visitante, sentándose de nuevo y pasándose la mano por su frente blanca y despejada—. Usted comprenderá que no estoy acostumbrado a hacer negocios personalmente. No obstante, el asunto es tan delicado que no podía confiárselo a ningún agente sin ponerme en sus manos. He venido de incógnito desde Praga con el fin de consultarle a usted.

—Entonces, os ruego que me consultéis —dijo Holmes, cerrando los ojos una vez más.

—Resumiendo los hechos, son así: Hace unos cinco años, durante una larga visita a Varsovia, conocí a la famosa aventurera Irene Adler. El nombre, sin duda, le resultará familiar.

—Por favor, búsquela en mi índice, doctor —murmuró Holmes sin abrir los ojos.

A lo largo de los años, mi amigo había adoptado un sistema de listas de casos con todos los extractos que se referían a personas y a cosas, de modo que resultaba difícil nombrar un tema o una persona sobre los que no pudiera dar una información al instante. En este caso encontré la biografía entre la de un rabino y la de un comandante del Estado Mayor que había escrito una monografía sobre los peces de las profundidades marinas.

—Permítame ver —dijo Holmes—. ¡Hum! Nacida en Nueva Jersey en el año 1858. Contralto... ¡Hum! La Scala... ¡Hum! Prima donna de la Ópera Imperial de Varsovia... ¡Sí! Retirada de los escenarios de la ópera... ¡Ajá! Vive en Londres... ¡Vaya! Según entiendo, su majestad se enredó con esta joven, escribió algunas cartas comprometedoras y ahora desea que le devuelva esas cartas.

—Exactamente, pero ¿cómo...?

—¿Hubo matrimonio secreto?

—No.

—¿Documentos legales o certificados?

—Ninguno.

—Entonces no os comprendo, majestad. Si esta joven deseara chantajear con estas cartas o tener otros propósitos, ¿cómo demostraría que son auténticas?

- Está la letra.
- ¡Bah! Falsificada.
- Mi papel de cartas personal.
- Robado.
- Mi propio sello.
- Imitado.
- Mi fotografía.
- Comprada.
- Estamos los dos en la fotografía.
- ¡Vaya! ¡Eso sí que es malo! Su majestad ha cometido una indiscreción.
- Estaba trastornado... loco.
- Os habéis comprometido seriamente.
- Entonces solo era un príncipe heredero. Era joven. Ahora tengo treinta años.
- Hay que recuperarla.
- Lo hemos intentado y hemos fracasado.
- Su majestad ha de pagar. Hay que comprarla.
- No la venderá.
- Robarla, entonces.
- Cinco veces se ha intentado. En dos ocasiones, ladrones a los que pagué revolviéron su casa. Una vez extraviámos su equipaje mientras viajaba. Dos veces ha sido asaltada, pero sin resultado alguno.
- ¿No se ha encontrado ningún rastro?
- Nada en absoluto.
- Holmes se echó a reír.
- Es un pequeño problema —dijo.
- Pero muy serio para mí —respondió el rey con un tono de reproche.
- Sí, lo es. Y ¿qué se propone hacer con ella?
- Arruinarme.
- Pero ¿cómo?

—Estoy a punto de casarme.

—Eso he oído.

—Con Clotilde Lothman von Saxe-Meningen, segunda hija del rey de Escandinavia. Tal vez conozca los estrictos principios de su familia. Ella misma es pura delicadeza. Una sombra de duda sobre mi conducta y todo acabaría.

—¿E Irene Adler?

—Amenaza con enviarles la fotografía. Y lo hará. Sé que lo hará. Usted no la conoce, tiene el alma de acero. Posee el rostro de la más bella de todas las mujeres y la mente del más decidido de los hombres. Con tal de verme casado con otra mujer, no hay nada que la detenga..., nada.

—¿Está seguro de que no las ha enviado todavía?

—Estoy seguro.

—Y ¿por qué?

—Porque ha dicho que las enviaría el mismo día en el que se anunciara el compromiso públicamente. Y eso será el próximo lunes.

—Oh, entonces aún tenemos tres días —dijo Holmes bostezando—. Es una gran suerte porque tengo uno o dos asuntos importantes que tratar en este momento. Por supuesto, su majestad permanecerá en Londres por ahora.

—Desde luego. Me encontrará en el Langham, con el nombre de conde Von Kramm.

—Entonces os enviaré unas líneas para daros a conocer cómo van nuestros progresos.

—Por favor, hágalo. Estaré muy impaciente.

—¿Y en cuanto al dinero?

—Tiene usted carta blanca.

—¿Absolutamente?

—Le digo que entregaría una de las provincias de mi reino por conseguir esa fotografía.

—¿Y para los gastos del inmediatos?

El rey sacó una pesada bolsa de ante de debajo de su capa y la depositó sobre la mesa.

—Hay trescientas libras en oro y setecientas en billetes de banco —dijo.

Holmes garabateó un recibo en una hoja de su cuaderno y se la entregó.

—¿Y la dirección de la Mademoiselle? —preguntó.

—Villa Briony, Serpentine Avenue, St. John's Wood. Holmes tomó nota de ello.

—Una pregunta más —dijo—. ¿La fotografía era de formato normal?

—Lo era.

—Entonces, buenas noches, su majestad, y confío en que pronto tendremos buenas noticias para usted. Y buenas noches, Watson —añadió cuando las ruedas de la berlina real rodaban ya por la calle—. Si fuera tan amable de venir mañana por la tarde a las tres, me gustaría charlar de este pequeño asunto con usted.

II

A las tres en punto yo estaba en Baker Street, pero Holmes no había regresado aún. La casera me informó de que había salido de casa poco después de las ocho de la mañana. No obstante, me senté junto al fuego con intención de esperarle, tardara lo que tardara. Yo ya estaba sumamente interesado en su investigación, porque, aunque no la rodeaba ninguno de los aspectos sombríos y extraños asociados a los dos crímenes que ya he relata-

do en otro lugar, la naturaleza del caso y la elevada posición del cliente le daban un carácter propio. Es más, independientemente de la naturaleza de la investigación que mi amigo tuviera entre manos, había algo en su modo magistral de captar una situación y en su razonamiento agudo e incisivo, que hacía que para mí fuera un placer estudiar su sistema de trabajo y seguir los métodos rápidos y sutiles con los que desenredaba los misterios más inextricables. Tan acostumbrado estaba yo a su continuo éxito que ni se me pasaba por la cabeza la mera posibilidad de su fracaso.

Eran casi las cuatro cuando se abrió la puerta y entró en la habitación un mozo con aspecto de borracho, desastrado y con patillas, con el rostro enrojecido y la ropa impresentable. Acostumbrado como estaba yo a la asombrosa capacidad de mi amigo para disfrazarse, tuve que mirarlo tres veces para asegurarme de que era él. Desapareció en su habitación después de saludar con la cabeza y salió cinco minutos después vestido con un traje de *tweed* y con el aspecto respetable de siempre. Metiéndose las manos en los bolsillos, estiró las piernas delante de la chimenea y rio con ganas durante unos minutos.

—¡Bueno, bueno! —exclamó, ahogándose y riéndose de nuevo hasta que se vio obligado a relajarse en una silla, lánguido e indefenso.

—¿Qué sucede?

—Es muy divertido. Estoy seguro de que nunca podría adivinar en qué he empleado la mañana, o lo que he terminado haciendo.

—No me lo imagino. Supongo que ha estado vigilando los hábitos, y tal vez la casa, de la señorita Irene Adler.

—Desde luego, pero lo que sucedió a continuación fue lo raro. Se lo voy a contar. Salí de casa poco después de las ocho de la mañana disfrazado de mozo de cuadra en busca de trabajo. Existe una maravillosa solidaridad y hermandad entre los hombres que trabajan en las caballerizas. Si eres uno de ellos, te enterarás de todo lo que hay que saber. Pronto hallé Villa Briony. Es una villa de lujo con un jardín en la parte posterior, pero que por delante el edificio llega hasta el borde de la carretera. Tiene dos plantas. Cerraduras Chubb en la puerta. Un gran salón en la parte derecha, bien amueblado, con grandes ventanas que llegan casi hasta el suelo y esos ridículos pestillos ingleses que podría abrir hasta un niño. Detrás no había nada digno de mención, a excepción de que se puede llegar a la ventana del pasillo desde la parte superior de la cochera. Di una vuelta alrededor de la casa y examiné con atención desde todos los puntos de vista, pero no advertí nada interesante. A continuación, holgazaneé por la calle y descubrí, tal como esperaba, que había unos establos en un callejón al que daba el muro del jardín. Eché una mano a los mozos de cuadra que estaban cepillando a los caballos y recibí a cambio dos peniques, un vaso de cerveza y dos cargas de picadura de tabaco, y tanta información como pude desear sobre la señorita Adler, sin contar con la de media docena de otros vecinos que no me interesaban lo más mínimo, pero cuyas biografías me vi obligado a escuchar.

—¿Y qué hay de Irene Adler? —pregunté.

—Oh, trae de cabeza a todos los hombres de la zona. Ella es lo más exquisito que existe bajo un sombrero en este planeta. Eso dice cada uno de los hombres de las caballerizas del Serpentine. Vive de un modo

tranquilo, canta en conciertos, sale en su carruaje a las cinco cada día y regresa a las siete justo para cenar. Rara vez sale en otras ocasiones, excepto cuando canta. Solo recibe una visita masculina, pero es muy frecuente. Él es moreno, atractivo y elegante. Sus visitas son una vez al día, a veces dos. Su nombre es Godfrey Norton, del Inner Temple. Observe las ventajas de tener de confidente a un cochero. Le habían conducido a casa desde el Serpentine una docena de veces y lo sabían todo sobre él. Cuando hube escuchado todo lo que tenían que contarme, empecé a pasear de nuevo cerca de Villa Briony, y a pensar en mi plan de campaña.

»Sin duda este Godfrey Norton era un factor importante en el asunto. Era abogado, eso me dio mala espina. ¿Cuál era la relación entre ellos, y cuál el objeto de sus repetidas visitas? ¿Era ella su cliente, su amiga o su amante? Si el caso fuera el primero, probablemente le habría entregado la fotografía para su custodia. Si el caso era el último, sería menos probable. De esta cuestión dependía que yo continuara mi trabajo en Villa Briony o dirigiera mi atención a los aposentos del caballero en el Temple. Era un asunto delicado y ampliaba el campo de mis investigaciones. Temo que le esté aburriendo con los detalles, pero tengo que hacerle ver mis pequeñas dificultades para que comprenda la situación.

—Le sigo atentamente —respondí.

—Aún estaba dándole vueltas en mi cabeza al asunto cuando llegué a villa Briony un coche de caballos muy elegante y se apeó de él un caballero. Era un hombre muy apuesto, moreno, de nariz aguileña y con bigote. Evidentemente era el hombre del que me habían hablado. Parecía tener mucha prisa, gritó al cochero que le esperara y pasó a toda prisa junto a la doncella que le

abrió la puerta con aspecto de un hombre que está en su propia casa.

»Estuvo en casa una media hora, y pude verle fugazmente a través de las ventanas de la sala de estar, andando de un lado a otro, hablando con excitación y moviendo los brazos. A ella no pude verla. De repente, salió él y parecía incluso más aturullado que antes. Al subir al coche sacó un reloj de oro del bolsillo y lo miró muy serio.

»—Corra como el diablo —gritó—, primero a Gross & Hankey's en Regent Street y luego a la iglesia de Santa Mónica en Edgeware Road. ¡Media guinea si lo hace en veinte minutos!

»Allá se fueron, y yo me estaba preguntando si debería seguirlos cuando por el callejón vi venir un bonito y pequeño landó; el cochero llevaba el abrigo a medio abrochar y la corbata por debajo de la oreja, y todas las correas del arnés fuera de las hebillas. Aún no se había detenido cuando ella salió disparada por la puerta y entró en el landó. Solo pude verla un momento, pero era una mujer encantadora, con un rostro por el que un hombre se dejaría matar.

»—A la iglesia de Santa Mónica, John —ordenó—, y medio soberano si llegas allí en veinte minutos.

»Esto era demasiado bueno para perderselo, Watson. Estaba dudando entre salir corriendo o agarrarme a la parte trasera del landó cuando vi llegar un cabriolé por la calle. El cochero miró dos veces al pasajero andrajoso, pero yo salté al interior antes de que pudiera objetar algo. “A la iglesia de Santa Mónica —dije—, y medio soberano si llega allí en veinte minutos.” Eran las doce menos veinticinco, y, por supuesto, estaba bastante claro lo que estaba sucediendo.

»El cochero corrió veloz. No creo haber ido tan rápido en mi vida, pero los otros llegaron antes que nosotros. El coche de caballos y el landó, con los caballos sudorosos, estaban frente a la puerta cuando llegué. Pagué al hombre y me apresuré a entrar en la iglesia. No había un alma allí a excepción de los dos a los que había seguido y de un clérigo con sobrepelliz que parecía estar discutiendo con ellos. Los tres permanecían de pie delante del altar. Paseé despacio por el lateral como cualquier otra persona desocupada que entra en una iglesia. De repente, y para mi sorpresa, los tres se giraron hacia mí y Godfrey Norton se acercó hacia mí corriendo tan rápido como pudo.

»—Gracias a Dios —exclamó—. Usted servirá. ¡Vamos, vamos!

»—¿Qué sucede? —pregunté.

»—Vamos, hombre, vamos, solo tres minutos o no será legal.

»Casi me arrastraron hasta el altar, y antes de saber dónde estaba, me encontré murmurando respuestas que alguien había susurrado a mi oído, y dando fe de cosas que desconocía y, en general, colaborando en el enlace entre Irene Adler, soltera, y Godfrey Norton, soltero. Se hizo todo en un momento, y allí estaban el caballero dándome las gracias por un lado y la señora por el otro, mientras el clérigo sonreía con orgullo delante de mí. Ha sido la situación más absurda en la que me he encontrado en mi vida, y ha sido pensar en ello lo que me hace reír ahora. Al parecer, había alguna informalidad en su licencia y el clérigo se negaba rotundamente a casarlos sin un testigo presente, y mi afortunada presencia ha evitado que el novio tuviera que salir a la calle en busca de un padrino. La novia me dio un

soberano, y tengo intención de llevarlo puesto en la cadena del reloj para recordar la ocasión.

—Esto da un giro inesperado al asunto —dije yo—. ¿Y después qué pasó?

—Bueno, descubrí que mis planes estaban amenazados. Daba la impresión de que la pareja iba a partir de inmediato, y por tanto necesitaba tomar medidas rápidas y enérgicas por mi parte. Sin embargo, se separaron en la puerta de la iglesia; él regresó al Temple y ella a su casa. «Saldré al parque a las cinco como de costumbre», dijo mientras se alejaba de él. No oí nada más. Se marcharon en direcciones diferentes y yo me fui a arreglar unos asuntos.

—¿Qué asuntos?

—Un poco de carne fría y un vaso de cerveza —respondió mientras tocaba la campanilla—. He estado demasiado ocupado para pensar en comer y probablemente voy a estar mucho más ocupado esta tarde. Por cierto, doctor, desearía que colaborara conmigo.

—Estaré encantado.

—¿No le importa infringir la ley?

—Ni lo más mínimo.

—¿Ni correr el riesgo de ser detenido?

—No, si es por una buena causa.

—¡La causa es excelente!

—Pues aquí tiene a su hombre.

—Estaba seguro de que podría confiar en usted.

—Pero ¿qué es lo que desea?

—Cuando la señora Turner haya traído la bandeja, se lo explicaré todo. Bueno —dijo, mientras se dirigía hambriento a la comida ligera que le había traído nuestra casera—. Tengo que explicárselo mientras como porque no tenemos mucho tiempo. Son casi las cinco

ahora. Dentro de dos horas tenemos que estar en el escenario de acción. La señorita Irene, o señora ya, regresa de su paseo en coche a las siete. Debemos estar en Villa Briony para encontrarnos con ella.

—Y después, ¿qué?

—Eso debe dejármelo a mí. Ya he dispuesto lo que tiene que ocurrir. Solo hay un punto en el que debo insistir. Usted no debe interferir, pase lo que pase, ¿comprende?

—¿Debo ser neutral?

—No debe hacer nada. Probablemente se producirá alguna situación un poco desagradable. No intervenga. Terminarán conduciéndome al interior de la casa. Cuatro o cinco minutos más tarde se abrirá la ventana de la sala de estar. Usted se colocará cerca de esa ventana abierta.

—Sí.

—Tiene que observarme, yo estaré visible para usted.

—Sí.

—Y cuando yo levante la mano, así, lanzará a la habitación lo que yo le voy a dar, y al mismo tiempo, gritará que hay fuego. ¿Me sigue?

—Perfectamente.

—No es nada extraordinario —dijo, sacando de su bolsillo un cilindro largo en forma de cigarro—. Es un cohete de humo ordinario de los que usan los fontaneros, con una tapa en cada extremo para que prenda solo. Su misión es esa. Cuando usted grite que hay fuego, unas cuantas personas lo repetirán. A continuación, caminará hacia el final de la calle y yo me reuniré con usted al cabo de diez minutos. Espero que me haya explicado con la suficiente claridad.

—Tengo que ser neutral, acercarme a la ventana, observarle, y a su señal lanzar este objeto, después gritaré que hay fuego y luego le esperaré en la esquina de la calle.

—Eso es.

—Entonces, usted puede confiar plenamente en mí.

—Excelente. Creo que es hora de prepararme para el nuevo papel que voy a representar.

Desapareció en su habitación y regresó al cabo de unos minutos disfrazado de clérigo protestante, afable y sencillo. Su sombrero negro de ala ancha, sus pantalones holgados, su alzacuello blanco, su agradable sonrisa y un aspecto general de curiosidad benévola, solo podría haberlos igualado el mismísimo señor John Hare. Y no es únicamente que Holmes se cambiara de traje. Su expresión, su actitud, su alma misma parecían cambiar con cada nuevo papel que asumía. Los escenarios perdieron un excelente actor, incluso la ciencia perdió un agudo pensador cuando él se convirtió en especialista del crimen.

Eran las seis y cuarto cuando salieron de Baker Street y todavía faltaban diez minutos para la hora cuando ya nos encontrábamos en Serpentine Avenue. Oscurecía ya y las farolas se iban encendiendo mientras paseábamos cerca de Villa Briony, esperando la llegada de su ocupante. La casa era tal como me la había imaginado después de la descripción sucinta de Holmes, pero las inmediaciones parecían ser menos solitarias de lo que esperaba. Por el contrario, para ser una calle pequeña de un vecindario tranquilo, estaba muy animado. Había un grupo de hombres desaliñados fumando y riendo en una esquina, un afilador con su rueda, dos guardas flirteando con una niñera y varios jóvenes

bien vestidos que paseaban arriba y abajo con cigarros en la boca.

—Ya ve —comentó Holmes mientras caminábamos por delante de la casa—. Este matrimonio facilita las cosas. La fotografía se convierte en un arma de doble filo ahora. Lo más probable es que ella sea tan reacia ahora a que el señor Godfrey Norton la vea como nuestro cliente a que llegue a los ojos de su querida princesa. Ahora la cuestión es, ¿dónde vamos a encontrar la fotografía?

—Eso, ¿dónde?

—Resulta poco probable que ella la lleve encima. Es de formato normal. Demasiado grande para ocultarla con facilidad en el vestido de una mujer. Ella sabe que el rey es capaz de hacer que la asalten y la busquen. Ya lo han intentado dos veces. Por tanto, deducimos que no la lleva encima.

—Entonces, ¿dónde?

—Su banquero o su abogado. Existe esa doble posibilidad. Pero me inclino a pensar que ninguno de los dos. Las mujeres son reservadas por naturaleza, y les gusta crear sus propios secretos. ¿Por qué la pondría en manos de otra persona? Ella podría confiar en su propia custodia, pero no sabría decir qué influencias indirectas o políticas podrían afectar a un hombre de negocios. Además, recuerde que está decidida a utilizarla dentro de unos días. Debe tenerla a mano. Tiene que estar en su casa.

—Pero han entrado a robar dos veces.

—¡Bah! No sabían cómo buscar.

—Pero ¿cómo buscará usted?

—No buscaré.

—¿Entonces?

—Conseguiré que me lo indique.

—Pero ella se negará.

—No será capaz de hacerlo. Pero oigo el ruido de unas ruedas. Es su carruaje. Ahora, cumpla mis órdenes al pie de la letra.

Mientras hablaba, el destello de las luces de un carruaje asomó por la curva de la avenida. Era un pequeño landó elegante que traqueteó hasta la puerta de Villa Briony. En cuanto se detuvo, uno de los holgazanes de la esquina corrió apresuradamente a abrir la puerta con la esperanza de conseguir un penique, pero recibió un codazo de otro holgazán que se había precipitado con la misma intención. Se entabló una feroz pelea, aumentó con la intervención de los dos guardas que se pusieron de parte de uno de los holgazanes, y con la del afilador, que defendía con el mismo ardor al otro bando. Alguien recibió un golpe, y en un instante la dama se apeó del carruaje y se encontró en el centro del pequeño grupo de enardecidos combatientes, quienes se golpeaban salvajemente con puños y palos. Holmes se precipitó hacia ellos para proteger a la dama; pero, al llegar a ella, él dio un grito y se desplomó en el suelo, con la sangre corriéndole por la cara. Ante la caída, los guardias salieron corriendo en una dirección y los holgazanes en otra, mientras un pequeño grupo de personas bien vestidas, que habían estado observando la reyerta sin tomar parte en ella, se agruparon para ayudar a la dama y asistir al hombre herido. Irene Adler, como seguiré llamándola, se había apresurado a subir los escalones, pero se quedó parada en lo más alto, con su espléndida figura perfilada contra las luces de la entrada, mirando hacia la calle.

—¿Está malherido ese pobre caballero? —preguntó.